

ENRIQUE SERRANO

¿POR QUÉ FRACASA COLOMBIA?

Delirios de una nación que se
desconoce a sí misma



Planeta

A Emilia, para que pueda verse en estas páginas.

A Álvaro Pablo, por haberme regalado la idea.

Introducción

En este ensayo pretendo tratar una materia crucial de nuestra sociedad, como lo es el pasado de la nación colombiana. Para abordar el tema con cabal ánimo, lo primero que habría que decir es que hay una cierta voluntad de negación o de ocultamiento entre sus implicados, que no es deliberada ni malévola, sino dubitativa, inexperta y desconfiada, porque nuestro pasado se suele ver como algo remoto, arcaico e incluso intrascendente. En la mayoría de los casos, la gente es tan pragmática, o acaso tan desconfiada, que considera que el conocimiento del pasado le estorba o que es tan vergonzoso o insignificante que apenas si vale algo la pena hacerse una idea clara sobre él.

En este libro intentaré desterrar esa idea y, a cambio, preguntaré por qué al pueblo colombiano parece importarle tan poco su pasado, mientras que otras naciones, incluso algunas

del Nuevo Mundo, hacen de su historia un solemne edificio —así su pasado sea espurio y esté edificado sobre algún mito— en el cual fundamentar el presente y sus aspiraciones, consolidar sus grandes proyectos o irlos realizando a partir de lo que creían ser, aquello que creían propio de sí mismos, ya sea que ello resulte muy glorioso o, por el contrario, sea producto exclusivo de la humillación y la derrota.

Como lo demuestran a un tiempo su tradición y su presente, el pueblo colombiano considera que su pasado como nación es casi irrelevante, o al menos poco digno de mayores estudios, y por eso predomina la confusión tan generalizada entre historia del Estado e historia de la nación, la última de las cuales, en la mayor parte de la historiografía existente, se confunde con la primera, se resuelve con prejuicios o se escamotea de un tajo. Esta falacia de que la historia de la nación se esconda o se obvie, en nombre de la historia del Estado, es un hito de la reflexión que este breve trabajo se propone analizar. Además, la sobrecarga de historia económica reciente ha contribuido a minimizar el peso de la historia cultural, es decir, sus imaginarios, sus costumbres, sus valores y sus símbolos.

Entonces, partiré de la afirmación de que las raíces de la Colombia de hoy no empezaron en 1810, ni en 1819, ni con Bolívar, Santander o Nariño. Los sujetos de la nación ya estaban conformados como indianos, existían desde hace tiempo y tenían su origen bien definido, hablaban claramente un español mozárabe de las provincias del sur, desprovisto del ceceo y la explosividad glotal castellanas; eran católicos,

y aún tenían una organización social medieval andalusí —y, en otra medida, de Asturias y Extremadura— digna de ser estudiada a los ojos de una antropología histórica seria. Sin duda, y durante los primeros tres siglos, habían llevado a cabo un proceso racial de mestizaje, desigual en cuanto a las regiones, pero nunca tuvieron un verdadero mestizaje cultural.

Pero eso solo ha sido vislumbrado por parte de algunos pocos historiadores que se han ocupado de ese asunto, algunos de ellos llamados “colombianistas”, como Anthony McFarlane, David Bushnell, Javier Ocampo y unos cuantos más, quienes de modo somero han abordado esa caracterización de una nación que de todos modos es susceptible de ser estudiada como una nación inconsciente de sí, que se desperdigó a lo largo de Tierra Firme, llamada luego Nuevo Reino de Granada, y que se estableció en las orillas del río Magdalena, desde los días —hoy tan remotos— de Pedrarias Dávila, acaso con la fundación de la malhadada Santa María la Antigua de Darién, en 1510, hasta el día presente. Merecen crédito también en este trabajo los esfuerzos del médico genetista Emilio Yunis, en sus libros *¿Por qué somos así?* y *Somos así*, y Daniel Mesa Bernal, autor del estudio *De los judíos en la historia de Colombia*.

Para el desarrollo de este tema, voy a prescindir tanto de la leyenda negra como de la leyenda rosa, que se han tejido sobre la materia. Quiero citar aquí la brillante hipótesis de Juan Esteban Constaín en la introducción de su ensayo *Librorum*, porque es pertinente para apuntalar en este texto toda reflexión posterior sobre la hispanidad en América:

La idea malintencionada según la cual la Conquista y la posterior colonización de América por parte del Imperio Cristiano Español se hicieron como producto solo o ante todo de intereses económicos, resulta completamente inútil para la formación de una interpretación lúcida sobre nuestro destino y nuestra historia. Sin caer en la ingenuidad de la leyenda rosa—capitanes cristianos intachables que venían de Castilla o de Navarra a sembrar de bondad y mariposas la precariedad de los pueblos aborígenes; piadosos hombres del Renacimiento que dieron una civilización ilustrada a un universo casi animal—, no hay que desconocer el hondo sentido religioso y cultural de la empresa española en el Nuevo Continente. Intuir oscuros apetitos calvinistas en la gestión de España en América implica la construcción de un discurso no solamente engañoso, sino injusto y peligroso, un discurso que anula las categorías muy complejas por las que atravesaba la Península cuando acometió la empresa de llevar el Evangelio, entre otras cosas, a un dilatado territorio, por las más difíciles circunstancias. Detrás de todo el magma complejo de la presencia europea en nuestro continente, hay un verdadero sentido cultural, no exclusivamente económico, que se puede condenar o alabar, pero no ocultar. La Reconquista, independientemente de todos sus rasgos antipáticos cuya reseña minuciosa sería interminable, sembró en España un talante cristiano absolutamente militante y comprometido; muy sincero y profundo, además.

Se puede hablar de un proceso de profundas contradicciones económicas en Europa que obligó a los reinos atlánticos a emprender operaciones de expansión territorial que pronto se materializaron en esquemas colonialistas de expoliación y sometimiento de pueblos ajenos a la tradición occidental que eran dueños de una concepción del mundo en la que la naturaleza tenía otro lugar y el hombre no estaba sometido a

las urgencias de un sistema de producción sin alma ni caridad. Se puede decir eso y mucho más, ciertamente. Pero falsear los móviles profundos del espíritu de una época determinada no es un dique suficiente para frenar el curso de la historia¹.

Así, se hace justicia no solo a la paradójica nación de la que proviene nuestra lengua y cultura, sino a nosotros mismos, que no somos otra cosa que una versión actualizada de algunos de sus múltiples descendientes. No hay radicalidad ni ánimo de venganza en el planteamiento, ni aun pretensión de reivindicaciones de nobleza, puesto que esta fue extirpada casi del todo con la humillación en la Península y con la migración forzosa de miles de desposeídos y perseguidos. Otro equívoco más sería inferir que fuéramos españoles en ascuas y en pro del retorno, que buscaran recompensa o reparación por algún perdido tesoro en la Edad Media.

Además, son bastante discutibles las razones por las cuales se aduce que hemos vivido siempre en conflicto, y en este libro procuraré estar en contra de esa tesis, para recordar, en cambio, la idea de que la disputa por la tierra lo ha definido todo.

América fue, en efecto, fruto de una equivocación —o de muchas, como lo reseñara con lucidez Enrique Caballero Escobar— y su historia es producto del encuentro ente dos edades de la humanidad, el Renacimiento y el Neolítico, y el resultado de una sociedad dedicada no a la conquista, palabra mal vista en ese tiempo y propia de bárbaros, sino a

1 Constaín, Juan Esteban, *Librorum*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2003.

la incorporación de territorios y poblaciones para la gloria de Cristo y de su hispánico rey.

Colombia es una nación grande, urbana e integrada al mundo, al menos hasta cierto punto. Hoy en día, es la segunda con mayor número de hablantes de español, después de México, y más grande que España y que Argentina, esto es, más nutrida en almas, con una población reunida en el trapecio central de las tres cordilleras, que definen de algún modo geopolítico y geoestratégico su dinámica social, y sobre las costas atlántica y pacífica, como lo habían investigado a mediados del siglo XX el general Julio Londoño y otros que ha indagado sobre una geopolítica nacional, más o menos demostrable.

Se trata de un país con dos grandes costas y que, sin embargo, ha vivido la mayor parte del tiempo de espaldas al mar, el cual no ha sido más que el instrumento de la migración —especialmente el mar Caribe, pues el Pacífico sigue en el más incomprensible olvido— y una ventana de escape cuando ha sido necesario. Pero la preocupación por lo marítimo es muy reciente y el desarrollo propiamente dicho de una Colombia internacional es del todo incipiente e insuficiente, al tal punto que es preciso presumir todavía cómo se manifestará en el futuro.

Además de eso, el poblamiento del país es parcial y timorato, lo cual a lo mejor se explica por la vocación de la nación, que además ha poblado muy mal su inmenso territorio de 1.141.000 kilómetros dejando por lo menos 650.000 deshabitados, quizá más por razones que fueran durante siglos perfectamente comprensibles: una llanura inmensa al este que

parecía no conducir hacia ninguna parte, solo a tierra adentro, y una selva gigantesca al sureste y al occidente.

En general, las selvas han sido por excelencia los obstáculos naturales de la vida colombiana que le han impedido, o por lo menos limitado, sus contactos con Venezuela, Brasil, Ecuador, Perú y Panamá. Panamá se suponía parte del territorio —y lo fue hasta 1903—, pero estaba ubicada en la selva, es decir, pertenecía según nuestro imaginario a una periferia intratable, agresiva y amenazante. Basta citar esta vez a José Eustasio Rivera, para comprobar cómo esa vorágine ha sido considerada, desde el principio, límite natural y absoluto de la nación, aunque la mayor parte de la población negra se haya establecido en la selva del Pacífico, tras una corta jornada de esclavitud. La Orinoquía ha tenido un destino similar de tierra sin límites, y llanura hacia ninguna parte, que produjo una suerte de repliegue sobre las cordilleras, del que en verdad solo hasta ahora estaríamos saliendo.

Lo imaginario de la nación

En este ensayo me propongo rastrear la mentalidad colombiana desde el siglo XV, que puede que no sea una sola, es decir, indagar cómo se han criado a través de los siglos los que, a la sazón, serían colombianos un día, cómo han hablado, cómo han sobrevivido, cómo han enfrentado las dificultades de la vida y también sus placeres, qué aspiraciones han tenido, qué instrumentos han utilizado para hacer una interpretación de su mundo y del mundo en general, qué tan exitosos o fracasados han sido, de acuerdo con su origen y circunstancias, para alcanzar lo que se proponían, y qué queda por hacer en esta nación al correr el tiempo y avizorando con moderado optimismo el complicado siglo XXI.

Es cierto que tenemos la idea de que hemos sufrido mucho, y tal vez en este análisis dicha idea quede un poco matizada, pues quizá comparados con muchas otras sociedades

no hayamos sufrido tanto. También se presume de que esta es una nación plagada por la violencia más artera, desde sus inicios hasta el día presente. Sin embargo, aquí postulo que ha sido más pacífica que violenta, al menos durante la mayor parte de su lenta formación, y que a pesar de que no se puede negar la importancia de la violencia, se trata de algo episódico, reciente, similar a la de otros pueblos en transición hacia una caótica pero urbanizada modernidad, y no de algo constitutivo de la esencia de la nacionalidad.

Por eso los extranjeros, después de tener una imagen tan terrible de los colombianos, se sienten muy sorprendidos al encontrarse con unas gentes sencillas, amables, modestas y sin mayores pretensiones, sin horizontes de brutalidad o de violencia, la cual a pesar de que exista no hace de esta una nación fiera, intratable, brutal; se trata más bien de un grupo grande de personas desconfiadas e individualistas, con dificultades para hacer consensos, pero con las mismas aspiraciones de cualquier sociedad, gentes compatibles con las de otras naciones latinoamericanas, e incluso con el resto del mundo.

Sociológicamente, constituye un grupo disperso en un territorio amplio que, por tanto, se ha regionalizado, en buena forma federalizado, en sus formas de vida, su arquitectura, sus acentos, su comida, su clima, etc. A este respecto, por ejemplo, los diferentes climas —fríos, calientes o templados— han construido ciertos factores de idiosincrasia regional importantes en la vida colombiana, pero en realidad no somos tan diferentes entre nosotros como creemos ser.

Eso, a la postre, se ha ido confirmado en la formación de la nación en el siglo XX.

En este ensayo postulo que la esencia de la forja de la colombianidad —cualquiera que sea su naturaleza— ha sido la discreta marcha histórica, producto de la migración forzosa de cristianos nuevos y de una adaptación rápida y silenciosa a un nuevo entorno americano que no era radicalmente distinto del que tenían en España. Es una especie de trasplante de la vida del sur de España —esto es, de la idiosincrasia andalusí— a condiciones americanas. Este cambio se hizo cómodamente y se llevó de manera discreta, al abrigo de comentarios y de maledicencia durante los primeros tres siglos —XVI a XVIII—. El siglo XVI estuvo marcado por la Conquista y las expectativas propias de este proceso, pero cuando terminó ese periodo empezó a definirse un modelo de la Colonia y de los colonizadores que fundaron poblaciones a lo largo de este trapecio ya mencionado, y se establecieron en zonas medias, especialmente en climas cercanos a los 20 o 21 grados centígrados durante todo el año, con lluvias moderadas y donde la presencia de enfermedades endémicas infectocontagiosas graves no amenazaba la vida social.

Uno de los aspectos más problemáticos que trato en este libro es la distinción entre mestizaje racial y mestizaje cultural, cuyas categorías con frecuencia se mezclan. El mestizaje racial en América existió desde el comienzo —en algunas zonas fue más acentuado que en otras— y obedece a una realidad absolutamente innegable de la vida de las poblaciones en dicho continente. Tal vez en Colombia sea un poco menor

que en otras sociedades americanas como la brasileña, donde este proceso fue muy intenso y generalizado.

Esas comunidades forjaron a Colombia, forjaron su mentalidad, su lengua, su religión, sus tradiciones, su estructura de la vida cotidiana que aún se puede ver en pueblos como Barichara, Mompo o Itsmina, los cuales están un poco congelados en el tiempo, donde todavía puede apreciarse plenamente la vida aldeana; o por ejemplo, el pueblo de Monguí, en Boyacá, donde aún las mulas, los perros, los trajes de los campesinos, sus sombreros, sus ruanas, su habla y su hábitat, más o menos nos recuerdan esa manera de ser y de actuar que ya no se ve sino en ciertas poblaciones, un poco separadas de las grandes carreteras, pero que continúan reflejando lo que fue una aldea colombiana hasta 1850.

Elementos para comprender una nación no planeada ni deseada

El origen de las naciones casi siempre resulta misterioso, pero algunas huellas quedan relacionadas con la lengua, sus orígenes, su religión —aun en sus manifestaciones secretas— y las costumbres que un pueblo sigue.

A este respecto, una de las afirmaciones más radicales que hago en este libro es que ni la lengua, ni la religión, ni las tradiciones se originaron en América. Lo que hoy somos, y que nos compone de manera tan fundamental e irreversible, se originó en el sur de España, más o menos, en la región central y occidental de Andalucía, en Asturias, el País Vasco y Extremadura. Los dialectos y las formas de hablar que regían en aquellas regiones fueron en su mayoría los de los cristianos nuevos, es decir, conversos del islam o del judaísmo que ya tenían una, dos o tres generaciones cuando tuvo lugar el descubrimiento

de América. Y esa circunstancia de su traslado forzoso es el origen de lo que yo llamo una nación no planeada ni deseada: no planeada porque, en el fondo, no creían que los fueran a expulsar en ningún momento, ni deseada porque lo que los unía era la fatalidad y no particularmente algún valor o alguna suerte. La circunstancia de ser los hijos de los conversos o sus descendientes, marcó su destino de modo irreversible, los unió fatalmente a pesar de que eran muy distintos y de estirpes y condiciones muchas veces enemigas entre sí.

En América, bien que mal, fueron recibidos, no digamos que con los brazos abiertos, pero venían dispuestos a quedarse debido a que no había ningún otro lugar donde pudiesen vivir en paz y en relativa prosperidad, y sobre todo al margen de las persecuciones, pero conservando los baluartes de su cultura, su lengua, ya no su religión, pero sí sus costumbres y sus modos de vida, su organización social y una serie de aspectos fundamentales de la vida que pudieron mantenerse en América relativamente intactos.

Esa es la base sobre la cual delineamos los elementos para la historia de una nación no planeada ni deseada y que ha sido objeto de tantos olvidos y tantas generalizaciones. Partir del hecho de que hay muchas Españas, y de que la España de la cual provenimos es esta particularmente, resulta por un lado descorazonador al ver los muchos sufrimientos de los cuales fueron objeto, pero también esperanzador, en la medida en que hubo efectivamente no solo una salvación colectiva, sino un resurgimiento de la energía de esa nación en una tierra nueva, salvaje y agreste pero de todas maneras llevadera, incluso menos ruda que la Andalucía y Extrema-

dura en la que ellos habían vivido durante siglos. También, entonces, valga aquí la pena decir que esa nación se formó en un entorno relativamente privilegiado, comparado con aquel con el que había crecido durante los siglos VIII a XVI. Las circunstancias que he mencionado hasta aquí, tan fuertes y determinantes, marcaron la pauta de una manera de pensar y de proceder fundamentalmente conservadora, es decir, cerrada sobre sí misma (con un minifundio pequeño tratando de ser autosuficiente y autónomo en todos los aspectos, donde se privilegiaban las profesiones de medicina y derecho, las cuales discutiré más adelante) y segura de que algún día, quizá no para ellos mismos ni para sus hijos, pero sí para sus nietos y bisnietos, habría alguna oportunidad de regreso o resurgimiento del Sefarad y del al-Ándalus perdido.

